This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

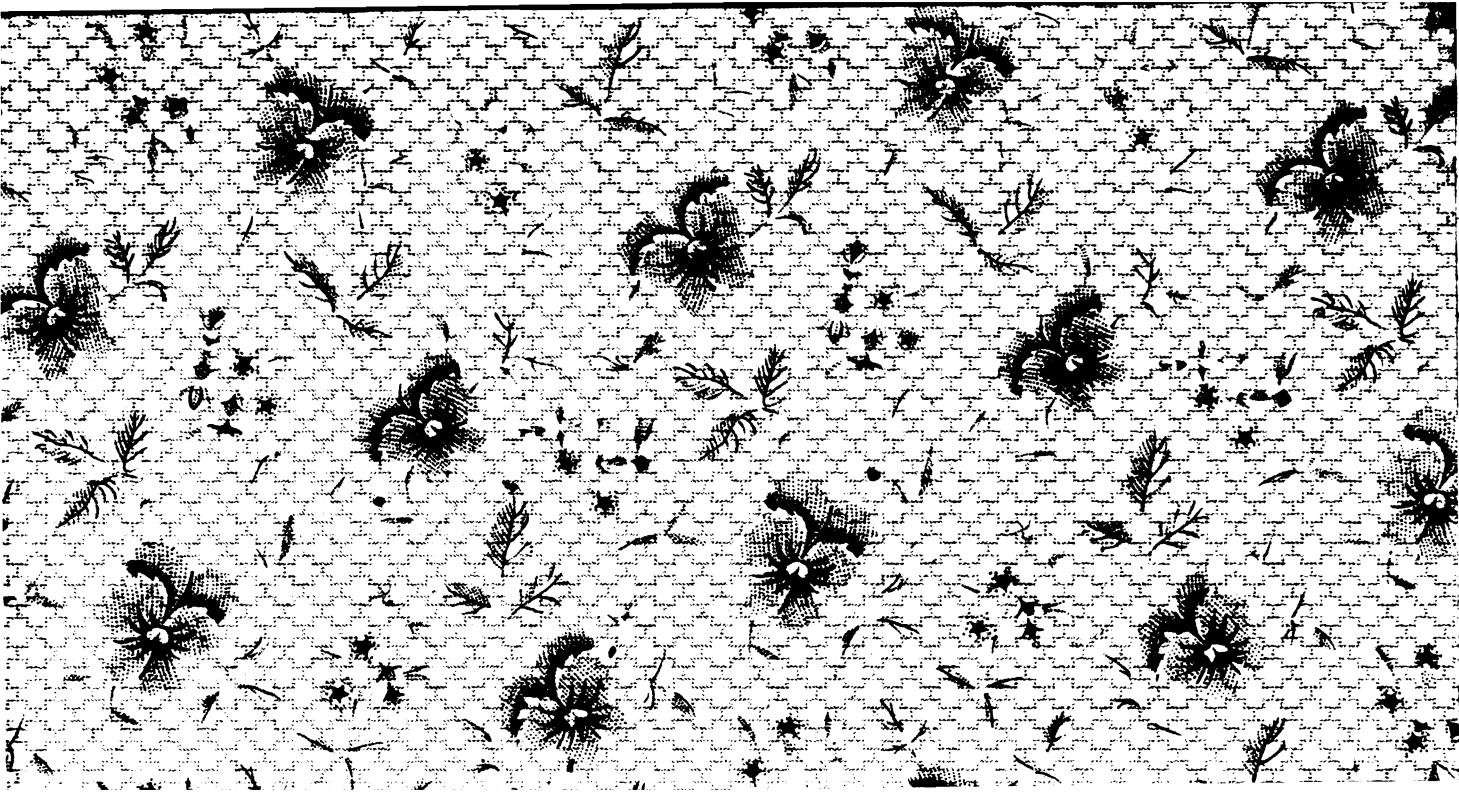
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

G868.8 EC425R LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
Ec425r



CGoC. GO55 3/67 o/p $3.75

Aquíleo J. Echeverría

Romances

San José, Costa Rica
Imprenta de Avelino Alsina
1903

Lit.

The Library
The University
of Texas

Al ilustre escritor
y diplomático

D. Manuel M. de Peralta

AL QUE LEYERE

No padeciendo ó afectando enfermedades forasteras, no enclenque y canija, no vistiendo trapos de París manchados de vino, sino fresca y coloradota, la musa de Aquileo nació en Cot ó en Barba; sobre eso puede haber disputa, y es muchacha alegre, honrada, si ligera de lengua, de muchas libras de peso.

Aquí tienes, amigo lector, algo no sólo de la raza sino de la tierra, algo genuino, espontáneo y sin careta; hombre que á otros no les empresta la lira contentándose á veces, para su música, con una flauta de caña hueca; pero hecha por él del material de nuestros bosques.

Imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si conviene; ingenio peregrino, verba sonora y abundante; hay uvas de lo mejor de Andalucía y naranjas de aquí, con semilla de Valencia, en el plato que te presento: regala tu paladar y sé agradecido.

A. ZAMBRANA.

CUALQUIER COSA

Cuando leo un artículo ó un libro de crítica siempre se me ocurre esta pregunta: ¿Si seré yo un imbécil? y me quedo creyéndolo así, porque como es escaso el material de mi propio criterio, alimento mi hogar intelectual con el carbón del criterio ajeno. No tengo yo la culpa, porque hay pobrezas como la pobreza intelectual que no se mejoran ni con dádivas ni regalos.

Sucédeme ciertamente que después de estar por algún tiempo enamorado de una doctrina filosófica ó de una composición literaria, viene uno de esos cirujanos de las letras, hombres despiadados que son capaces de cortar con el bisturí los pechos de Friné ó de sacarle un ojo á Ofelia, y me demuestra por *a* más *b* que toda mi admiración y todo mi amor estaban puestos en una majadería.

Y lo peor del caso es que merced á

esta potente memoria que Dios me ha dado no puedo olvidar luego lo que una vez metí en la cabeza. Como esos amartelados de corazón blando cuyo amor perdura á pesar de la infidelidad y las viruelas, así me estoy yo cuidando cariñosamente en mi cerebro tantas cosas que ayer hacían mi delicia, y que hoy no son más que ruinas cubiertas de las cicatrices y de los lamparones que les dejó la crítica.

Por eso huyo de la hipérbole en el elogio; y, temeroso de un desengaño, no me fío de mi juicio en materia literaria, ni creo á ciegas en la excelsitud de nada, así sea ello como el Sermón de la Montaña.

Pero así, después de esta confesión paladina de mi nulidad estética, declaro que los versos de Aquileo, esos que el lector hallará al volver esta hoja, forman hoy mi encanto, los recito con entusiasmo y siento que de ellos viene hacia mí y penetra en mi alma una frescura inefable.

Quien conozca nuestro pueblo y su lenguaje expresivo y sencillo; quien haya vivido nuestra vida y fortalecido el cuerpo enfermo con las emanaciones suaves de esta tierra; quien haya puesto su alma en contacto con esta naturaleza so-

berbiamente prolífica, tranquila y bella, no dejará de leer con amor los versos de este libro, porque de todos ellos se desprende el vaho fortificante de nuestro suelo.

Y que venga la crítica. Para defenderlos, quizá habré de salir yo, pobre enamorado de estas bellezas que nos rodean y nos asombran y que son simplemente maravillas del cielo y de la tierra.

RAFAEL VILLEGAS

The Library
The University
of Texas

Contestación al Prólogo
del Dr. Don Antonio Zambrana

Fáciles corran mis rimas
como pasa el arroyuelo
cantando entre las floridas
márgenes del cauce fresco,
como todo lo que vuela:
ave, nota, nube, incienso,
el amor y la esperanza,
la ilusión y los deseos.
En mis rimas no hallaréis
hadas de blondos cabellos
que sobre copos de espuma
crucen el lago sereno,
que expiren en un suspiro
y se extingan en un beso.
Yo no conozco las ninfas
ni los enanos traviesos,
ni los silfos juguetones,
ni los gnomos picarescos.
Mi musa es joven y ardiente,
morena, de erguido seno,
boca sensual y más roja
que las bayas del cafeto;
blanca y firme dentadura,
que es albo nido de besos;
ojos grandes y expresivos,
dulces, brillantes, serenos.

Una espalda tentadora,
mórbida como su cuello,
unos brazos que si abrazan,
es difícil salir de ellos.
Corre por su cuerpo criollo
la roja sangre del pueblo,
fresas fingiendo en su boca,
rosas en su cutis terso,
y en la gloria de sus ojos
cálido fulgor de incendio.
Canto á mi patria adorada,
canto mi ubérrimo suelo
y mis floridos rosales
y mis frondosos cafetos;
al mozo fuerte y honrado,
alegre, bravo, sincero;
á la moza de alma blanda
y de durísimo seno,
y nuestras altas montañas
y nuestros valles risueños,
y nuestra tierra fecunda
y nuestro límpido cielo.
Yo no brindo en copa de oro
sino en los cálices bellos
que me ofrecen los claveles,
ya de nieve, ya de fuego,
que embalsaman con su aroma
mi apacible y caro huerto.

ROMANCES

ALMA

A Elías Castro

Yo tengo una capilla
de todos ignorada;
una santa capilla donde guardo
los recuerdos de mi alma.
Allí el frescor alegre
de mi niñez lejana,
las horas de ventura
que fáciles resbalan,
las horas de un minuto,
las horas de esperanza.
Allí el cesto de rosas,
que la ilusión forjara,
mis amores difuntos
y mis glorias soñadas.
Cuando una nueva herida,
del mundo en la batalla,
debilita mis fuerzas
y mi valor quebranta;
cuando la vida pesa,
cuando es triste y amarga,
cuando nada me dicen
los pájaros que cantan,
ni la estrella que brilla,
ni la nube que pasa,
ni la flor primorosa
que los ojos regala;
cuando todo es tinieblas,
cuando todas son ansias,

mis pasos encamino á la capilla santa...
y en ella encuentro alivio,
y en ella encuentro calma.
Que es bálsamo que cura mis dolores
¡el beso de mi madre idolatrada!

ANACREONTICA

Del mundo ignorado
y en valle risueño,
que bañan las aguas
de manso arroyuelo,
mis manos formaron
la casa y el huerto.
De un lado los montes
se yerguen soberbios:
el mar hacia el frente
presenta su espejo;
detrás la montaña
cuajada de cedros,
y al otro costado
muy lejos, muy lejos,
apenas visibles,
las casas de un pueblo.
Arriba las blondas
azules del cielo.
Hay frente á la casa
gentil jazminero
que aroma los aires
y nieva en el suelo.
Su pórtico forma
rosal gigantesco,
partido en cortinas
de mil arabescos.

Las aves canoras
sus nidos coquetos,
con arte exquisito
fabrican en ellos;
y vuelan y trinan
sus galas luciendo
de gualda ó de rosa,
de blanco ó de negro.
Allí todo es gloria,
perfumes, gorjeos;
el alma se expande
soñando en lo bueno.
Las rosas se mecen
del aire á los besos,
las aves modulan
sus cantos más tiernos;
frescura y aroma,
me da el jazminero;
alfombras mullidas
los céspedes crespos;
las moras racimos
de gajos muy negros;
coposo naranjo
sus pomas de fuego,
su fruta el anono,
y el rico cafeto
sus flores albinas,
sus granos bermejos.

. . . . . .

Si me amas, señora,
venid, que os ofrezco
haceros la reina
del florido reino.

EN FEBRERO

A Juan Arrillaga Roqué

Recostada en el pretil
que coronan frescas guarias,
bajo un coposo naranjo
que abrumado se desmaya
al peso del cundeamor
que con mil brazos le abraza,
está Lina, la doncella
más guapa de la Pitaya.
Lleva una flor en el seno,
fragante rosa escarlata,
no tan roja cual sus labios
ni tan linda cual su cara;
igual sólo en el aroma
que despide la muchacha,
toda salud, toda vida,
toda vigor, toda savia.
En espera de su primo
se ha vestido de gran gala,
camisa con lentejuelas,
crespa, vistosa, escotada;
llena de encajes y cintas
como antaño se estilaban.
A la cintura un rebozo
de seda tornasolada
en que entran tonos diversos
que forman brillante gama.

Roba discreto pañuelo
parte del seno y la espalda,
pero es inútil su empeño,
que la golosa mirada
en lo que ve se deleita
y adivina lo que falta.
El delantal es muy corto.
algo menos que la falda,
y el fustán de fino lienzo
que con sus manos aplancha
cuando ella mueve su cuerpo
parece que se quejara.

. . . . . .

Tiene quince años la niña;
mas ya las mieles amargas,
esas que nos dan la vida
y que siendo vida matan,
han herido el albo seno
con la ponzoñosa daga,
y la joven sueña mucho,
aunque despierta se pasa.
El cieguecillo travieso
habló quedo á la zagala;
quién sabe qué la diría
que al recordar sus palabras
ó suspira y se sonroja,
ó se enciende en dulces ansias.

. . . . . .

En un potro, cabos negros,
luenga crin, robustas ancas,
casco firme, frente erguida,
largo cuello, piernas largas,
breve oreja, cola enhiesta,
crespa, brillante, esponjada.
viene Luis el joaquineño,
el hijo de «tía Pascuala»,
caracoleando el caballo

al que espacio propio falta
para lucir su donaire,
para dar viso á sus gracias.
Usa sombrero de pita,
legítimo jipijapa,
viste chaqueta de paño,
el pantalón es de pana
y le envuelve la cintura
una caprichosa banda
de seda roja con flecos
que hasta la rodilla bajan.
Al pico de la montura,
que artista criollo adornara,
va la terrible realera;
una realera probada
en más de un lomo robusto,
en más de una recia espalda;
una realera que tiene
un poco más de la vara,
filosa cual la calumnia
y cual la inocencia blanca.
Detiene el joven su potro
frente al pretil de la dama,
le saca unas cuatro plumas
y luego lo sienta en raya.
Ata las riendas al pico,
deja la bestia enfrenada
y casi oculta en el vaho
que el sudoso cuerpo exhala;
y después de un *buenas tardes*
da la mano á su adorada.
De los labios de los mozos
no se escuchan más palabras.
Ambos se ven y se admiran,
ambos suspiran y callan.
El está como la cera,
ella está como la grana.

Los viejos que los atisban
de lejos, desde la casa,
maliciosos y risueños
así dicen en voz baja:
—¿Te acordás de aquella tarde?
—¡No había de acordarme, vaya!
—Vos fuiste la que empezaste!
—El que empezó fue tu tata.....
Si él no me hubiera empujao.....
—Petra, aunque no te empujara...
Y ambos se miran y ríen
con sus bocas desdentadas
y se quedan silenciosos
pensando en glorias lejanas.
Mientras tanto desde el cielo
el sol sus rayos derrama
y, á lo lejos, un jilguero
ejecuta una romanza,
y en el seno de la tarde
sus frescas notas desgrana.

EL CISNE DE LESBOS

A Eduardo Galsamiglia

Al río van las mozas,
van á solazarse
en la fresca linfa
de la poza grande.
Saben que el Virilla
es un rey galante,
un rey sibarita
que adora la carne
de la virgen núbil
de músculos ágiles.
de labios carnosos,
de senos temblantes.
Al río van las mozas,
debajo de un sauce
las túnicas dejan
de finos encajes,
las blancas sandalias,
las cintas flotantes;
y bellas, desnudas,
en grupo admirable,
cantando y riendo
las ondas invaden.

*
* *

¡Oh diosa Afrodita!
Jamás tus altares
ofrendas tuvieron
de precio tan grande.

Mirad esa espalda
de curvas suaves
que el agua salpica
con claros diamantes.
Mirad esa Diana
de regio talante.
Erguida en la orilla
parece enfadarse
al ver que las ninfas
su bosque profanen
y enturbien sus aguas
y el ciervo le espanten.
¿No es Cloris aquella
de porte arrogante?
¡Mirad qué cabellos!
Su esposo al besarles
cual áurea bandera
los tiende á los aires.
¡Es Cloris la excelsa!
¡Es Cloris, la madre
de todas las flores
que alegran los valles!
¡Es Cloris, la esposa
de Céfiro amante!

*
* *

De la húmeda gruta
que cierra el boscaje
se escapan de pronto
acordes vibrantes.
¿Qué música es ésa?
Suspensas las aves
escuchan atentas
el cántico suave,
la tierna cadencia,
ya austera, ya grácil,
que en rítmicas ondas

los aires invaden.
Es Safo que canta,
es Safo que sabe
que al son de su lira
las ninfas amantes
irán á la gruta,
irán á buscarle,
sedientas del beso
que á néctar les sabe,
del beso sin alas,
del beso culpable!

EPITALAMIO

A Catita Paredes

Los encajes, los tenues encajes,
que tu cuerpo gentil aprisionan,
son espumas brotadas de tu alma
al calor de una tierna congoja.

La diadema de castos azahares
que circundan tu frente de diosa,
es una alba que baña en jazmines
de tus rizos las plácidas ondas.

Eres Hebe. El donoso mancebo
en tus labios en flor, regia copa,
gustará de la dicha las mieles,
cual abeja que liba en la rosa.

Como de aire sutil fabricadas
son el velo y las cándidas blondas;
algún mago tejió los encajes,
alguna hada formó la corona.

Id en paz! El amor os ha unido,
vuestra suerte un heraldo pregona,
y preside esta fiesta brillante
el travieso urdidor de las bodas.

Bajo el techo que cubre tu casa
sus hogares harán las palomas,
y serán tus gallardos amigos
cenzontles y lirios, jilgueros y rosas.

A ESTILA ROSABAL

En el día de su santo

Ya que en tu día de ventura
no pude por mi hondo duelo
ofrendarte el homenaje
cariñoso de mi afecto,
una corona de rosas
he llevado al cementerio,
para engalanar la tumba
donde duerme blando sueño,
Isabel, aquella santa
que te ampara desde el cielo.
Y no sé, quizá la brisa,
puede tal vez que los céfiros,
pero algo dentro de mi alma,
así habló con dulce acento:
«Yo velé por su pureza,
yo por su ventura velo.»
Y se escuchó dulce nota
como de lejano beso,
y en los cipreses cantaron
las aves del cementerio.

LUZ Y SOMBRA

Campanita alegre
que antes repicabas
convidando á misa
la niña de mi alma,
por Dios, campanita,
tus dejos apaga,
porque me entristecen,
porque me maltratan.

¿Te acuerdas de aquella
graciosa *mengala*
que el día de la Virgen
vestida de gasas
al frente del templo
risueña bailaba?
¡Ay! ¿quién le dijera
mirándola sana,
tan fresca, tan viva,
tan joven, tan guapa,
que aquel trajecito
de cándidas gasas,
sutil, vaporoso,
sería su mortaja!

La he visto dormida,
dormida y más blanca
que los castos lirios
con que la adornaran.

cerrados los ojos,
las manos cruzadas.
En la boca fresca
que la muerte helara,
quedó su sonrisa
como aprisionada.

La he visto dormida,
la he visto en la caja:
sobre su albo seno
corrieron mis lágrimas.
Yo besé su frente,
sus manos cruzadas
y la medallita
que al cuello llevaba.

Debajo de un sauce
la niña descansa,
y los pajaritos
que habitan las ramas
arrullan su sueño
con sus tiernas cántigas:
de noche la velan,
de día la acompañan.

Campanita alegre
que antes repicabas,
llamando á la misa
la niña adorada,
no turbes su sueño,
no avives mis ansias,
¡déjame tranquilo,
piedad para mi alma!

San Salvador, 1891

¡COMO FUE!

¿Te acuerdas, Irene?.....
Há ya muchos años
una hermosa tarde
del florido mayo
en busca de nidos
salimos al prado;
tú estabas muy joven,
muy jóvenes ambos:
de nuestra inocencia
reían los pájaros.
Entre alegres juegos
y charlas y cantos,
al borde del bosque
corriendo llegamos.
Su sombra halagüeña
brindónos un árbol
cubierto de flores,
de nidos poblado;
y en verdes almohadas
que el césped lozano
tendiera á tus plantas
los dos nos sentamos.

*
* *

Allá en la rivera
el mar fatigado
desdobla sus olas
con lento desmayo;

el cielo semeja
un campo segado;
no hay nubes arriba,
no hay sombras abajo.
Natura reposa,
dormitan los pájaros
soñando con frutas
de países lejanos.
De gala vestidos
estaban los campos,
hermosa la tarde,
¡y el césped tan blando.....!
Me hablaste de amores,
de amores hablamos:
contaste una historia
que nunca he olvidado.
¡Estabas tan linda
con tu traje blanco,
con tu boca roja,
con tus ojos garzos!
La brisa pasaba
las flores besando;
mecíanse las rosas
cual los incensarios;
aroma embriagante
llenaba los prados;
tú eras una niña,
yo tenía quince años;
los dos nos dormimos
¡qué cosas soñamos!

*
* *

Recuerdo tan sólo
que allá al despertarnos,
el mar, antes quieto,
rugía alborotado;

que el cielo risueño
mostrábase huraño;
que sombras extrañas
cruzaban el campo.
Llegamos corriendo,
volvimos despacio;
las que fueron risas,
tornáronse llantos;
porque la conciencia,
para atormentarnos,
repetía muy triste:
«¡Al pie de aquel árbol
dos ángeles bellos
se quedan llorando!»
La miel de los besos
borró nuestro llanto.....
¡Oh dulce amargura
del primer pecado!

ACUARELA

A Francisco Alpízar A.

Con la tinaja al cuadril
alegre va la trigueña
por el camino que lleva
al arroyo de la selva.
Los pájaros la saludan,
las mariposas la besan;
arcos triunfales le brindan
higuerones y altas ceibas,
y alfombras multicoloras
margaritas y verbenas.
No empaña una nube el cielo
ni su semblante una pena;
al balcón de sus ojazos
se le asoma el alma entera,
canta como el pajarito
que nadie á cantar enseña;
canta cosas delicadas
que *saca de su cabeza:*
«Qué alegre que está la tarde,
qué bonita, qué serena;
¿qué buscan las tortolitas
que corren entre las yerbas?
Muy buenas tardes, jilguero,
¿cómo está tu compañera?
Estrellitas de los cielos,
¡quién os mirara de cerca!

¡Adiós, colibrí orgulloso,
ya sé lo de la azucena!
Mariposas de oro y grana,
volad, que la noche llega.»
Al arroyo va la niña;
en la clara linfa llena
la vasija y ve su imagen
en las aguas prisionera.
Las piedrecillas menudas
que brillan sobre la arena
son de variados colores
y son de formas diversas.
Flores mil de mil linajes
engalanan las riveras
y mecidas por el aire
la cándida espuma besan.
Lejos un viejo cenzontle
en un cedro se recrea,
ensayando una balada
que compuso á las estrellas;
y es de oír las otras aves
que en el canto se embelesan,
imitando los arpegios
de su inimitable lengua.
Con claveles olorosos,
cuyo rojo vivo alegra,
se engalana la muchacha
las rollizas, largas trenzas;
y tendida sobre el césped
que le brinda almohada fresca,
bajo el palio de esmeralda
de las gráciles palmeras,
da á los vientos juguetonas
sus sencillas pastorelas,
ya pintando sus amores,
ya sus dichas, ya sus penas.
¡Qué admirable en su apostura

y sus formas qué perfectas!
Duro el seno de amplias combas,
recios muslos y caderas;
pies menudos, lindos brazos,
ojos vivos, boca fresca.
Por el toldo de las ramas
filtra el sol sus ígneas flechas,
que al besar su carne firme
como en mármol reverberan.
Flor del campo, margarita,
quien te vió de esa manera,
decir puede que vió ninfas
en un bosque de esta tierra
una tarde azul de mayo,
una tarde placentera,
en que al aire regalaban
los cenzontles sus endechas,
sus aromas los rosales
y el arroyo sus cadencias;
una tarde en que la niña
fue por agua hacia la selva,
una tardecita hermosa,
una tardecita fresca.

LA CARTAGUITA

A Alberto Pacheco

La conocí una mañana,
una clara mañanita
en que el sol había deshecho
en lágrimas la neblina.
El aire en sus alas frescas
vida y salud esparcía,
é iba alegre repartiendo
á las lindas cartaguitas
claveles para las bocas,
rosas para las mejillas.
Allá lejos el Volcán
como un gigante se erguía,
orgulloso de mirar
la ciudad casi dormida
recostada en su regazo,
como perezosa niña
arrebujada en el lecho
que dulce calór le brinda;
la ciudad de los arroyos,
la ciudad de las neblinas,
de los membrillos sabrosos,
de las rosas de Castilla,
relicario del pasado,
orgullo de Costa Rica.

*
* *

Eran sus trenzas muy negras,
onduladas y rollizas.
Al tenderse por la espalda,
gracioso contraste hacían
con la nieve de su cutis,
donde el durazno de China
dejó su huella aromosa,
su color y su película.
Los ojos grandes, serenos,
de una dulzura infinita:
si los cerraba, la noche;
la tarde si los abría.
Cáliz de rosa su boca,
estuche de perlas finas,
breve copa donde escancian
sus aromas las orquídeas,
las guarias blancas del norte,
las rojas del mediodía.
Su andar, ligero y airoso
como el de las tortolitas;
música amable su voz,
sonoro arpegio su risa.

*
* *

Tan sólo una vez la vi,
y tiene la casta niña
en el santuario de mi alma
incienso, altar y capilla;
y cuando al tierno recuerdo
su fresca imagen se anima
y vuelvo á mirar sus ojos
y vuelvo á escuchar sus risas,
mis tristezas se evaporan
con el beso de la brisa
de aquella clara mañana
en que vi la cartaguita;

y á sentir vuelvo el aroma
de las rosas de Castilla,
del membrillo, los duraznos
y las dulces manzanillas
que engalanan y perfuman
la ciudad de las neblinas,
relicario del pasado,
orgullo de Costa Rica.

LUNA LLENA

Tradición de la antigua Guatemala

Era doña Irene Luna
dama de mucha trastienda.
de trato amable y gracioso,
de famosas ocurrencias;
pero tan pobre la pobre,
que rara vez en su mesa
el almuerzo era completo,
ó la comida, ó la cena;
así, que sin ser devota,
ayunaba la cuaresma,
y después que ésta pasaba
y tres meses antes de ella.
Hubo, no recuerdo cuando,
olvidáseme la fecha,
unas fiestas muy sonadas,
por no sé qué bagatela:
el cumpleaños del monarca,
ó la muerte de su suegra.
Ello es que hubo mascaradas
y regocijos de iglesia,
y toros y cabalgatas
y exhibición pirotécnica.
Pagaban á todo aquel
que disfrazarse quisiera,
—costeándose su vestido—
doce pesos por cabeza.

Pidió nuestra doña Irene
que al punto se la incluyera
en la lista, pero qué antes
mitad del precio la dieran.
Consiguió lo que pedía;
mas, pensando en su miseria,
con los seis duros completos,
proveyó bien su despensa.
Esto pasaba la víspera
de dar principio la fiesta,
y la pobre viejecilla
se dió un hartazgo de cuenta.
Allí del pastel relleno,
de la empanada estupenda,
del rico pernil dorado,
del ave de carnes tiernas.
Al pasar la mascarada
por la casa de la vieja,
entró bailando en las filas
doña Irene, tal como ella
andaba todos los días,
sin disfraz y sin careta.
El jefe de la parranda
miróla, y con extrañeza:
—¿De qué está usted disfrazada?—
La dama haciendo una mueca,
contestó con voz fingida:
—¿No lo ves? ¡De luna llena!...

Concherías

CONCHERIAS

LA VELA DE UN ANGELITO

A José María Zeledón (Billo)

Apenas el rezador
pone fin á lo que reza,
cuando sale á relucir
la hidrópica botijuela.
¡Qué besos tan cariñosos!
¡Qué caricias tan extremas!
Unos la apuntan al muro,
los más hacia las soleras.
Libre la sala de estorbos,
puesta en un rincón la mesa,
donde en caja destapada
duerme el *Angel* que se vela,
adelanta el maestro Goyo,
que es el director de orquesta,
con el *chonete canchado;*
bajo el brazo la vihuela,
en la boca el *cabo* hediondo
que ha llevado tras la oreja,
cabo que ha de ser al cabo
soberanísima *cuecha.*

Da principio el zapateado.
Cómo saltan y dan vueltas,
se detienen ó adelantan,
se separan ó se estrechan.
Ellas con la falda asida
y la mano en la cadera.

Ellos con pañuelo al cuello
ó en la mano, según quieran.
Ahora dando pataditas,
ya girando con presteza,
van de la una á la otra banda,
van de la una á la otra puerta.
Envuélvelos una nube
que forma la polvareda
que por los pies arrancada
surge del piso de tierra;
nube contra la que luchan
en vano doce candelas
colocadas en *pantallas*
que de las paredes cuelgan,
ó adheridas al horcón
de recia y tosca madera,
donde dejan al morir
sebo, hollín, pabilo y yesca.
Alguien grita: ¡bomba! ¡bomba!
Párase al punto la orquesta
y un mozo de buena estampa
así dice á su mozuela:
«Como mi almohada es de paja
y mi novia no está vieja,
toda la noche la paso
con la paja tras la oreja».
—¡Bravo!
—¡Bien!
—¡Viva Domingo!
—¡Vivan ñor José y Grabiela!
—¡Vivan los dueños de casa!
—Otro trago *pa lorquesta.*
—¡Música *mestro* y *arrele*
que ya encontré compañera!
—¡Oh viejillo tan *asiao!*
—¡Que viva yo y mi pareja!
—¡Que viva!

—¡Bomba!
—¡Otra bomba!
Párase al punto la orquesta,
y la niña, puesta en jarras,
responde de esta manera:
«Quisiera ser *cojollito*
ó flor de la yerbabuena,
para perfumarle el alma
al negro que me quisiera».
—¡Bueno!
—¡Muy bueno, caramba!
—*Alcáncensen* la limeta
que la *cususa* hace falta
y es *cususa* de cabeza.
—Dame un trago Valentía.
—*Zampale,* que no hay tranquera.—
Los mozos de la familia
á las jóvenes obsequian,
repartiendo en azafates
sendas copas de mistela
que toman en compañía
de empanadas de conserva,
polvorones, pan de rosa
ó enlustrados con canela.
Mientras las damas mayores,
con la escudilla en las piernas,
se *atipan* de miel de ayote,
usando para comerla
de sus no pulidos dedos
las sus no muy limpias yemas.
Fortalecidas las panzas
sigue de nuevo la juerga,
y entre risas y palmadas
se inician juegos de prendas:
«San Miguel dame tus almas»;
luego «La gallina ciega»,
luego «El estira y encoge»,

«El muerto» y «La mula tuerta.»
En tanto allá en la cocina
la madre suda y se empeña,
ya batiendo chocolates,
ya saqueando su alacena
donde el bizcocho dorado
duerme en amplias cazuelejas,
ó ya sacando empanadas
de papa y carne rellenas,
ruborizadas de achiote
y trasudando manteca.
El padre con una *zoca*
de más allá de la cuenta,
suelta un rosario de verbos
y *rajonadas* tremendas,
diciendo que allí no hay hombres
que se *paren,* que son hembras,
y que el que quiera probarlo
que se salga á la tranquera,
pa arriarle cuatro *planazos*
y hacerle ver las estrellas.....
La gentil aurora pone
fin con su luz á la fiesta,
y al niño, en la caja blanca,
se llevan para la aldea,
donde le aguarda el regazo
cariñoso de la tierra.

CUATRO FILAZOS

A Manuel González Z.

Ambos son de alma templada,
mozos ambos y fornidos;
no hay diferencia en edades,
ni en la guapeza y el brío.
Iguales son en donaire,
en coraje son lo mismo
é idénticas las realeras
en el tamaño y el filo.
Por la bella Marcelina,
la nieta de ñor Jacinto,
á darse cuatro filazos
los dos mozos han salido.
Escogen para el combate
la Vega de los Molinos,
y á la luna silenciosa
tienen sola por testigo;
no cruzan una palabra
durante el largo camino:
cada cual piensa en la madre,
en el padre, en el amigo...
y los dos en la muchacha
causadora de aquel cisco.
Tristes son sus pensamientos,
pero marchan decididos,
porque los hombres valientes
no suelen ser reflexivos.

Una vez que al campo llegan
y ya puestos en el sitio,
tiran chaqueta y sombrero
sobre un pedrusco vecino.
—¿Me perdonás si te mato?
—¡Está claro! ¿Y vos?
—Lo mismo.
—Pues si querés, empezamos.
—Empecemos, Secundino.
A un tiempo de la ancha vaina
sacan ambos los cuchillos,
que á los rayos de la luna
brillan con siniestro brillo.
Si uno avanza, el otro ceja;
ya están distantes, ya unidos;
saltan, giran, vuelven, zafan,
fieros, resueltos, bravíos...
Los aceros al chocar
producen extraños ruidos
y la claridad incierta
pueblan de rayos fatídicos...
Rueda el pobre Juan de Dios
sin exhalar un gemido...
Piensa un instante en sus padres,
en su adorada y en Cristo,
y entra al reino de la Muerte
tan sereno, tan tranquilo,
como en los brazos maternos
se duerme el cándido niño.

* * *

El sol de la mañanita
alumbra su cuerpo frío
y bebe la sangre roja
que mano airada ha vertido
para colorear sus mantos
por el tiempo desteñidos.

TRATO FRUSTRADO

—¡Upe!
—Pase pendelante.
—Chacalín, ¿está tu tata?
—No, se jué pa la milpilla.
Mama es la que está.
—Llamala.
—Siéntese.
—Muy buenos días.
—Muy buenos. ¿A quién buscaba?...
Dispense, no se la doy,
porque la tengo mojada.
—¿Aquí vive ñor Colás?
—Sí; pero no está en la casa.
Salió hace poco á la milpa
á ver una confisgada
vaquilla que se los mete
casi todas las mañanas.
—¿Por qué no l'echan al fondo?
—Es que es de mana Bibiana
y por devitarnos pleitos
y friegas y pachotadas,
Colás prefiere callarse
y pudrirse y aguantársela.
—¿Y este familiambre es suyo?
—Menos acá, ques ahijada.
—¿Es mota la pobrecita?
—Motica; pero de mama.

El tata vive en la linia
en un retiro que llaman
Quirricó.
—Yo h'estao allí.
—¿Y qué tal es?
—Se gana;
pero hay un calenturiambre,
yun culebrero yun agua...
allí llueve todo el año:
vive uno como las ranas.
—Húmese este cigarrito.
—¿Pa qué se molesta?
—¡Blasa!
—¿Qu'es?
—Trete un tizón.
—Estoy á mares, ña Juana,
si salgo al aigre me tuerzo.
—¡Andá trelo vos, pasmada!
—No se moleste, señora,
yo cargo fósferos, gracias...
Pus como l'iba diciendo,
á más de eso hay otra vaina:
el patrón es un machote
con la cara muy amarga
yun hablar tan enredao
que no se entiende lo que habla.
Yo cogí algunos vocablos,
como el de *guate* por agua;
deme es *guime: jor,* caballo;
blac es negro; *jos* es casa;
un *estope* es esperate;
un *olrraites,* á la marcha;
el *cotejel* es mistao
y el *gordemis* es «tu mama».
Pero lo mejor es ime,
ya ñor Colás se dilata;
dígale que á mi regreso

vengo á ver la yegua baya,
ques que dicen que la vende.
—Sí, la vende y muy barata.
—Ya me voy, hasta lueguito.
—¿Si quiere, Lipo lo llama?
—No, yo de todas maneras
no truje agora la plata...
Conque los vemos muy pronto.
—Que le vaya bien.
—Mil gracias.
—Trele el caballo, Dorilo.
—¡Adió! Si me vine á pata.
Conque vine á ver la yegua,
porque la mía está baldada.
—¿Sí? ¿De qué?
—De un hormiguillo.
Además tiene almorranas,
padece de entrambos ojos
y está lullida y matada;
es sonta y trompezadora,
se esboca mucho y se espanta.
La llaman «la siete cueros»!...
—¿Cómo dice que la llaman?
—«La siete cueros»!...
—¡Pero, hombre,
si esa es hija de la baya!...

INSTANTANEAS

—Tata, por vida suyita,
vamonós...
—¡Que no, Rosario!
—Vamonós, que ya es muy tarde.
—Hasta que tome otro trago;
vos no me mandás á mí.
¡A ver! Sírvanmen un guaro,
yun cinco gun diez de breva...
¡Qué fregadera, ca...nastos!
¡Apenas serán las dos!
—No, tata, ya son las cuatro.
—Bueno, pus que sean las doces;
acaso yo soy esclavo...
—¡Hola, ñor José María!
—¡Calistro...! ¡Venga esa mano!
Hombré, ¿dónde te has metido?
—En Las Pavas, trabajando.
—¿Y qué tal mana Prudencia?
—Siempre fregada del flato.
Y hora le han remanecío
unos dolores riumáticos
que la tienen empedida
de la centura pa bajo...
—Hombré, lo más prencipal...
—¡Oh lengua e confisgao!...
—¡Ja, ja!
—¡Ja! Denos dos copas.

¿Querés atollarle, Chayo?
—No, señor, yo nunca bebo.
—Pues échele el cinco en algo.

. . . . . .

—¿Te acordás de aquellas fiestas?...
—¿Las de los Esamparaos?
¡Claro que había de acordarme!
Como que estuve baldao
tres meses de una rodilla,
y si no llega el finao
Valentín y me la soba
con riñonada de cabro,
achote, buñiga, sebo
y el engüento del soldao,
tavía estaría padeciendo...
—Ese era el patas liviano.
Una vez en un bochinche
me dieron unos planazos;
uno de ellos me alcanzó
el cuarto trasero...
—¿El cuarto?...
—Pos hombre, ¿cuántos tenés?
—¡Ja, ja!
—¡Ja! Eche dos tragos.
—Tata, ¡por vida suyita!...
—Chayo, no sea precisao.
—Mire, ñor José María,
ya usté le conoce el guaro.
Usté se va pa su casa
y mama y yo la pagamos.
—¡Maldicta sean los demonios!
¡Andate con todo el diablo!...
—Yo no me voy sin usté.
—Váyase, yo lo acompaño.
—Bueno, á mí qué; me voy.
Ai queda tata á su cargo.....

. . . . . .

—Mirá, llevate la alforja
y el saco del maiz y el diario
y esa media de rompope
pa tu mama, y ese sacho.
Y no vayas con el cuento
de que estoy emparrandao,
porque si vas con el cuento,
apenas llegue te rajo.
—Buenas tardes.
—Buenas tardes.
—Hasta lueguito, Rosario.

. . . . . .

—Hombré, y'ora que me acuerdo...
En esas fiestas que hablamos
me pediste cuatro pesos.....
—Y te los pagué en el auto.
—Hombré, no me los pagastes;
yo no quiero reclamalos,
y si te los acordaba...
—¡Por estas cruces!... ¡ca...nastos!
que te los pagué ese día
en la esquina de ñor Santos.
Vos tal vez no te acordás,
porque estabas rematao:
dos pesos te di en papeles
y los otros dos en cuatros.
—Hombré, no me los pagastes.
—¿De modo que te he robado?
—Robao no, yo no digüeso;
pero que te se ha olvidao.
—Mirá, Calistro, á yo naide
me puede majar el rabo,
porque soy hombre legal
y..... más que vos...
(*El dependiente andaluz*)
—Vamoz, vamoz.....
¿A qué ezaz voces, ceñorez?

Amboz zoiz hombrez honradoz,
que aunque estéis un poco cúzpidez,
no debiéraiz enfadaroz.
—¿No oyó lo que acá me dijo?...
—Puez hombre no hacerle cazo:
el hombre ez hombre de veraz
mientraz no ze toma un trago.
—¡Es que á yo naide me ultraja!...
—Ni á yo, ¡patas descarao!...
—Más patas será tu mama.
—¡O la tuya, por si acaso!...
(*Riñen*)
—¡Habéiz roto los criztalez!...
—¡Soltame!.....
—¡No! ¡No te largo!
—¡¡Policilía!!
—Fiií... fiií... fiií...
. . . . . .
—¡Se vienen con yo, malcriaos!
—¡Por este gran sinvergüenza!...
—¡Callate, no seas raspao!...
—O se dejan di indiretas
ó les arrempujo el palo.
—¿De quién era la última orden?...
—De su agüela... ¡¡Condenao!!...

EL CURANDERO

Al Lic. don Luis Anderson

—¡Mama!...
—¿Qu'es?
—El curandero.
—Andá cogele el caballo.
Muy buenas tardes, ñor Vindas.
—Muy buenas tardes... Ve, ñato,
aflojámele la cincha,
porque está muy requintao;
acercátele sin miedo,
si eso es nonis en lo manso.
¿Y qué tal Espiridión?
—De ayer pacá rematao.
—¿Y lo ha visto algún dautor?
—No, ¿pa qué? Yo le estoy dando
cuanto me dicen que es bueno;
pero no se'á mejorao.....
Pase palante y lo ve.
Abrí la ventana, Marcos.
—¿Yeso qu'es? ¿Qué te ha cogido?
—Yo creo que es viento colao:
juí á vender unos frijoles,
harán quince días el sábado,
y yo creo que me resfrié,
porque estaba aquel mercado
cundiditico de gente.
Al salir, como á las cuatro,

me dijo acá: «¿Qué tenés,
que estás tan desencajao?»
Yo no me sentía muy bien
y juí y me tomé dos tragos;
después acá me flotó
con solfate y anisao
la nuque, y luego me vine
por mis propios pies andando.
Al llegar á la tranquera
me sentí como almadeao,
con mucha bulla en los oidos
y el paladar muy amargo.
Comimos y me acosté;
luego me jué arrebatando
un jielo por todo el cuerpo,
me puse á sudar jelao,
y me cogieron arquiadas
y corridas; á las cuatro
cuando ya estaba escurrío,
me vine á quedar calmado.
Desde entonces sigo mal;
me duele mucho el costao
y onde tueso siento un chuzo
debajo deste sobaco.
—¿Y qué remedios te han hecho?
—Ñor Vindas, l'hemos untao
la enjundia con jiel de vaca;
además de eso ha tomado
uruca con achicoria
y castor.
—¿Y no le han dao
el güísaro con llantén?
—No, ñor Vindas.
—Hombré, malo.....
Vea: restriegue unas daguillas
yunas hojas de culantro,
yun poco de juanilama,

y cuatro cabezas de ajo;
le mezcla flor de ceniza
yunas venas de tabaco,
lo pone todo á cocer,
ojalá en traste de barro,
y luego con un olote
le flotan el espinazo
hasta que enronche el pellejo
y se ponga colorao;
después le pasa el untijo
y lo abriga bien en trapos.
Ydiai le atolla una ayuda
de romero con guarapo,
y en cada uno de los oidos
me le va á poner un taco
de buñiga con mostaza.....
¡Vos lo que tenés es pasmo!

LA VISITA DEL COMPADRE

Tengo por mal de mis culpas
un compadre en la Rivera,
que allá cada cuatro meses
en mi casa se descuelga
con la ahijada, la comadre,
dos sobrinas y la nuera;
y este año se ha permitido
traerme hasta el maestro de escuela,
y no me trajo el alcalde,
porque no lo hay en la aldea.
Cuando estoy más descuidado
con el repaso de cuentas,
no por cierto de rosario,
sino de sastres y tiendas,
llega Lupe, el mayorcito,
y un papelillo me entrega
que dice así, más ó menos:
«Le mando estas cuatro letras
tan sólo pa noticiale
que nuestra salud es buena,
quiere Dios, y que el domingo,
si El quiere, iremos á ésa
yo, la mujer, los muchachos
y tal vez también ñor Mena,
el mestro de la capilla,
que es hermano de Grabiela,

la que crió al niño Jiorgito;
quizás usté ni a'n se acuerda.
Deseándole que al recibo,
en fin, etc., etc.»
—Hija—le digo á mi esposa,—
entérate de esa esquela.—
La leemos, nos miramos,
y á duo decimos: «¡Paciencia!...»
Llega el dichoso domingo
y con él vienen mis penas.
Entre las cinco y las seis
nuestro calvario comienza.
Tan, tan, tan...—¿Quién es?—¡Soy yo,
compadre! (Compás de espera
mientras me visto, me lavo
y salgo á abrirles la puerta.)
—Buenos días.
—Muy buenos días.
—Dale el bendito, Miquela.
—Um.
—Que le des el bendito.
—Dáselo, no seas matrera.
—Bendito, alabao el Santísimo...
Buenos días.
—Así los tenga.
Pero pasen adelante
y toman café, Sotera.
—¿Pa qué se va á molestar?
—Ya saben que no es molestia.
Entren con toda confianza...
¡Isidra! la cafetera
y ocho tazas, pero pronto.
—Aspérese, que la leña
amaneció resestida...
Como le quen mil goteras
y es porós... y á más no hay dulce.
—¿Cómo que no hay?... ¡buena es ésa!...

¿Y el atao que compré anoche?
—Juí y se lo comió la perra.
—Lo dejarían en el suelo.
—¡Adió! en la pura alacena.
—¿Y cómo pudo subirse?
—Pos tal vez con escalera.
—Poco me gustan las bromas...
Aquí tiene esa peseta
y vaya donde don Santos
ligero... ¡ya está de vuelta!
—Y cómo va el cafetal?
—¿Pa qué contale? Si viera...
¿Ya ve ese vidro? Pues diga
que tiene mejor cosecha.
Ni a'n un grano cojo este año.
Yo l'hice la deligencia,
le capé el cojollo á tiempo,
l'hice aporcas y paleas,
le quebré el palito seco,
le despaloté las cepas
y lo aboné con muñiga,
estopa de caña, ecétera,
y con lo de la familia,
que todos salen ajuera.
Pos hombre, entre más lo cuido,
más á pior. Vea pa que vea
ques que entienden por la mala
y si los llama uno, jesan.
El cuadrillo de la esquina,
dond'hice la chayotera,
ya lo daba por perdido.
Pensé voltiarlo pa leña:
¡pos hombre, está hecho un altar!
Me tomara que lo viera;
cada mamón es asina,
cada flor una azucena.
—Aquí está el dulce y el pan.

—Andá ayudale, Sotera.
—No vaya, no se moleste.
—¡Adió! déjela que venga.

Por fin toman el café
y se marchan á la iglesia,
dejándome el comedor
lleno de chingas y cuechas,
de motetes y de alforjas
y de chuicas... y de friegas.
A las diez ó poco más
ya está el compadre de vuelta
con unas chapas de á cuarta,
efecto de la mejenga.
Con un aire misterioso
la comadre se me acerca
y me dice *sotto voce:*
«Ya se atolló una peseta;
voy á dale en la cocina
un gallo de algo pa mientras;
porque si le viene el hipo
oritica se le trepa».
Voy á pedir el almuerzo...
—¡Isidra, ponga la mesa!
—¿Pongo pa ustedes también?
—Yo estoy invitado afuera;
deles á ellos de almorzar.
La señora se fué á Heredia
y los chacalines comen
en la casa de la abuela.

—Siéntensen—dice el compadre.—
Todos ocupan la mesa;

yo les hago compañía
y guardo las apariencias;
y de lo que hablo con ellos
va este botón para muestra.
—¿Isabel al fin se casa?
(Rubores de la doncella.)
—¡Adió! ¡qué va pa casarse!
Si ese hombrecillo es un pelmas.
Ai no jué y se jué á la linia,
y después de dar mil vueltas
vino cuasi en cuatro patas,
lleno de llagas y friegas.
Tiene la cara escurrida
como una vejiga seca,
los brazos como hebras d'hilo
y asina hinchadas las piernas.
—Yo bastante se lo dije,
pero él metió la cabeza.
—¿Pa qué es eso cuando vos
le aconsejaste que juera?
—Porque quería que ganara.
—O tal vez que se muriera.
—Mirá, no seas hocicona,
y pensá algo en la concencia.
Aquí no arañaba un cinco.
—¡Y trujo muchos de ajuera!
—Nada trujo, no digüeso;
pero hizo la deligencia,
y'izo bien, que pa casase
tenía que hacela por juerza.
Y'ora no es como aquel tiempo
en que bastaba una estera
y los dos *sis* de los novios
y el di á cuatro de la iglesia.
Hora es distinta la cosa;
y el que se casa se arriesga.....
Cuando acá y yo los casamos,

los dieron una ternera,
dos quintales de café,
tres vejigas de manteca.
El dijunto Baltasar,
que Dios en su gloria tenga,
á más de darme dos onzas,
me dió una molida entera;
el tata de acá un potranco,
la mama un chorro de leña,
y el padrino la camilla,
dos taburetes, la mesa;
hermano un espejo asina.....
y tata costió la fiesta.
—Debió estar lo más rumbosa.
—Caramba, pus pa que vea:
duró la noche y el día,
los comimos la ternera
yun chompipe yun chanchillo
y no sé cuantas cajuelas
de frijoles y de papas,
y de arroces y de alverjas.
Los bebimos un barril
de chinchiví con piñuela,
yentre cususa y rompope
como cuarenta limetas.
Ya yo casi ni a'n me acuerdo.
—¡Si tenías una mejenga!.....
—¿Y vos con qué boca hablás?
¿Pa qué ventiase la lengua?
Si sos tan mujer contá
lo qu'hicistes en la estera.
—Ningún cristiano está zafo
de cualesquier contingencia.
—Di una no digo que no;
¿pero de dos? ¡Poca pena!

Miscelánea

MISCELANEA

A MI PADRE

Recuerdo los gratos días
de mi inocencia lejana:
aquellas tardes hermosas,
aquellas frescas mañanas,
aquella dulce alegría
que desbordando del alma
brotaba de nuestros labios
cual risueña catarata,
ó asomaba á nuestros ojos
como el sol, que hiriendo el alba,
atraviesa sus cendales
con saetas de oro y plata.
Tú eras joven, vigoroso;
negros rizos lo que hoy canas;
las arrugas, terso cutis;
tus tristezas, esperanzas.
En las alas de las horas
huyó breve la bonanza,
como en el viento las notas
vibran, se extinguen y pasan...
¡Cuántos seres adorados,
encanto de nuestra casa,
robó la muerte al cariño
intenso de nuestras almas!
Mientras nosotros seguimos
con la abrumadora carga
en la perenne faena

de la vida atribulada,
donde por cada alegría
se vierten mares de lágrimas,
¡en el seno de la muerte
ellos dichosos descansan!...
¡Oh recuerdos adorados
de mi bendecida infancia!
¡Hermosas tardes sin nubes,
frescas y lindas mañanas,
claridades del espíritu
que ninguna sombra empaña,
sonrisa de la existencia
que en espléndida alborada
ama el pájaro que vuela,
ama la nube que pasa
y puede poner su limpia
conciencia por almohada
en la cuna donde vela
el santo Angel de la Guarda!...
¡Cómo lloro al recordaros,
dulces horas de mi infancia!

San José, 12 de Diciembre de 1903.

ANACREONTICA

A Emilio Pacheco Cooper,
futuro cónsul de Costa Rica en la Habana.

Estamos en los meses
de las caricias locas,
del hervir de la sangre,
del amor, de las rosas;
las almas se comprenden
y se buscan las bocas:
llegó la primavera,
es ella la señora.
El invierno no exhibe
sus encajes de sombra,
ya no se escucha el trueno
ni el silbar de los bóreas,
ya no hay nubes plomizas,
ya no hay tardes brumosas.
Naturaleza canta
y palpita y se esponja.
Del ubérrimo seno
la vida emerge y brota;
el árbol reverdece,
renacen ya las hojas.
La hierba sobre el prado
tiende la verde alfombra,
abandona el capullo
la gentil mariposa,
y las auras amantes

sobre las yemas soplan
y al beso cariñoso
entreábrense gozosas.
Filomela en el bosque
su cantilena entona;
todo es luz, poesía,
y todo es fiesta y gloria;
el cielo está de gala,
el nido está de moda.
¡Oh, jóvenes, alcemos
alegres nuestras copas!
¡Hosanna á los que ríen!
¡Hosanna á los que gozan!

¡A ti va nuestro brindis,
la Venus tentadora;
á ti que das las mieles
á las fragantes pomas
y cuajas los racimos
en las parras hojosas;
prestas alas al céfiro
que columpia las rosas
y proteges sus besos
y presides sus bodas;
y en la garganta pones
de las aves canoras
las notas delicadas
de flautas misteriosas!
¡A ti va nuestro brindis,
oh, Venus voluptuosa,
que alegras los festines,
los amantes acoplas
y las danzas incitas
de las bacantes locas!
¡A ti, madre del gozo,
fuente de donde brota
el deleite embriagante,

la caricia ahogadora;
á ti, la de albo seno,
gallarda y primorosa
que entreabres las cortinas
de las blancas alcobas,
aleteando en el lecho
do tranquilas reposan
las púdicas doncellas
de cabelleras blondas,
y finges en su mente
quimeras soñadoras!
¡Tú lo embelleces todo,
lo alegras y transformas,
y son tus huellas leves
estelas luminosas!
¡Primavera es tu trono,
sus flores tu corona;
tus esclavos las almas,
oh, reina de las diosas!

¡Bebamos, compañeros,
la juventud es corta!
Mientras la savia ardiente
por nuestras venas corra,
adoremos sus aras,
sea ella nuestra diosa.
Pase la vida alegre
entre damas y rosas,
de vinos generosos
henchidas nuestras copas!
los ojos encendidos
y la sangre ardorosa,
la dicha en nuestras almas,
el beso en nuestras bocas.
¡Hosanna á los que rían
y hosanna á los que gozan!

A UNA BAILARINA

Un hada amable puso en tu cuerpo
todas las gracias,
fuego en tus ojos, miel en tus labios,
y en tu garganta
el suave arrullo de las palomas
y el rico arpegio de las calandrias.

Cuando á la escena
veloz te lanzas
en giros raudos, ágiles saltos
y vueltas rápidas,
entre la gaza fina y vibrante
de tus enaguas
quedan prendidas
todas las almas.

Cual mariposas que se persiguen
tus breves plantas
trazan ligeras extraños pasos
y locas danzas.

Ya del morisco baile embriagante
copias la audacia,
finges los quiebros, el paso lento,
la pausa lánguida;
ó á la manola, flor de canela,
robas la gracia

con que en la juerga cimbra su talle
á los acordes de las guitarras.

Mueven tus rizos
sus negras alas,
revoloteando sobre la seda
de tus espaldas;
baña tu cuerpo la llama ardiente
de las miradas,
y enardecida, como una linda,
regia sultana,
luces triunfante tu gallardía
entre el estruendo de las palmadas.

TEODORA

Vagando por la pradera,
pensativa y silenciosa,
va cortando adormidera,
Teodora, la más graciosa
muchacha de La Rivera.

Herida por el engaño
pone en olvidar empeño
y piensa que en el beleño
hallará alivio su daño,
borrando un sueño otro sueño.

Pobre niña que aun ignora
de la vida los rigores
y cree que es buena doctora,
para dolencia de amores,
la bella y fecunda Flora.

Una inquieta mariposa,
que de la una en la otra rosa
revolando se regala,
paró el vuelo y cariñosa,
así dijo á la zagala:

No marchites tu hermosura
ni tu cándida frescura,
entregándote al dolor;
cambia en risa tu amargura,
que un amor borra otro amor.

Toma ejemplo de mi vida.
¿La quieres más halagada?...
Ya lo ves, niña querida,
de las aves soy mimada,
de las flores preferida.

Mas yo el vuelo no recojo
ni en el crespo seno rojo
de la rosa peregrina,
ni el clavel mi amor domina:
vivo libre y á mi antojo.

Así dijo la traidora
la voluble brilladora,
y temblando la besó.
De los labios de Teodora
miel y aromas recogió.

UN REBOCITO NUEVO

La tez de caliente armiño,
de nieve el redondo seno,
flor de granado la boca
y hebras de oro los cabellos;
los ojos como dos chispas,
digo mal, cual dos luceros
de esos que en noches obscuras
cruzan veloces el cielo;
la cintura de serpiente
por el ágil culebreo,
y los pies como de broma,
piesecillos de muñeco.
Cuando sale por la calle
con su rebocito nuevo,
con su camisa de encajes,
y sus enaguas de vuelos,
de tentaciones la niña
va sembrando un semillero
y llevándose los ojos
de todos con su gracejo.
Quien le dice: «Palomita,
por tus ojos hechiceros
estoy muriendo de amor,
de angustias estoy muriendo».
Otro: «Bendita la madre
que te ha llevado en su seno,
y Dios que te hizo esa cara

y ese cuerpo sandunguero».
Así regado de flores
dejan todos el sendero
por donde pasa la hermosa,
la del rebocito nuevo,
la de la boca de grana,
la de los ojos de fuego.
Ella á ninguno responde;
pero se vuelve sonriendo
y da gracias con los ojos,
que es cual darlas con el cielo;
y después sigue su marcha
cimbrando el gracioso cuerpo,
con un aire de princesa
que infunde á todos respeto.
Los sastres dejan la aguja,
sus hormas los zapateros,
los dependientes de tiendas
ponen á un lado los géneros;
el médico sus recetas,
su tijera los barberos,
los periodistas la pluma
con que escriben sus enredos.
Dejan tirada la plata
en el banco los cajeros,
y hasta el obispo se asoma,
santiguándose primero,
á ver pasar á la hermosa,
la del rebocito nuevo,
la de la boca de grana,
la de los ojos de fuego;
la que el alma me envenena
con su desdén sempiterno,
la que me quita apetito,
la que me priva de sueño;
la que me ha puesto, señores,
materialmente en los huesos,

más flaco que un alfiler
y más pálido que un muerto;
por la que paso las noches
rondando como sereno;
por la que me he de morir
si Dios no pone remedio,
si no le suaviza el alma,
que es dura como el acero;
si no le quita el desdén
con que responde á mis ruegos
diciéndome: «No me *emporre;*
ya le he dicho, caballero,
que busque con quien jugar,
que yo no soy su muñeco;
que aunque pobre, soy honrada
y sé ganar mi sustento,
y antes que manchar mi nombre,
de hambre y miseria me muero;
y por último, que deje
de amolarme con sus ruegos,
porque va á costarle caro
si lo sabe mi Sotero;
y se sacará la rifa,
porque es un león en lo fiero,
y me ha dicho que ha pensado
hacer un buen escarmiento
con el primer señorito
que me diga un chicoleo.»
¿Lo ven ustedes, señores?
Esto no tiene remedio
y yo me siento morir
y de pena desfallezco;
y he de hacer una trastada,
una locura de á pliego,
si no cambia de conducta,
si no se le ablanda el pecho
á la muchacha garbosa,

la del rebocito nuevo,
la de los labios de grana,
la de los ojos de fuego.

AZAHARES

A María

De la patria colombiana,
noble patria de poetas,
eres gala, luz, sonrisa;
cuanto miras se engalana.

Tu existencia placentera
suavemente se desliza
cual apacible mañana,
cual la brisa
que ligera
va volando en la pradera
entre lirios y entre lianas.

Pesarosa está la fresa,
porque sabe que tus labios
le han quitado
su color y su belleza:
su reinado.
Para ahogar su pesadumbre,
tú la besas,
y en el beso se confunden
el incendio de tu boca
con la sangre de las fresas.

En tu negra cabellera
enredó la primavera

sus guirnaldas más hermosas,
las más frescas y sencillas;
y una maga placentera
puso el alma de las rosas
en tus cálidas mejillas.

No te ofrezco por presentes
ni riquísimos pendientes
ni collares.
En tu seno mi cariño
dejará sobre el armiño
de tus blondas vaporosas
azahares,
nardos, violetas y rosas.

A UN MIRLO

Avecilla pardo obscura,
que en las rejas de mi amada
cantas llena de amargura,
¿por qué estás apesarada,
avecilla pardo obscura?

¿Ha muerto tu compañero?
¿Te ha robado el caro nido
algún cazador artero?
¿Por qué lloras? ¿Qué has perdido?
¿Ha muerto tu compañero?

Con infinito dolor,
como ayes de liras rotas,
das al viento tu clamor,
y el viento arrastra sus notas
con infinito dolor.

Bate las alas y canta,
olvida tus hondas penas,
el pico, altiva, levanta;
¿por qué al dolor te encadenas?
Bate las alas y canta.

Estás triste, no contestas;
¿no te alegra la mañana?
Mira al cielo, está de fiestas,
vestido de azul y grana.
Estás muda y no contestas.

Avecilla pardo obscura,
que en las rejas de mi amada
cantas llena de amargura,
¿por qué estás apesarada,
avecilla pardo obscura?

CONFIDENCIA

A.....

(En su abanico)

Mariposa cautiva que vuelas
en torno de un lirio luciendo tus galas;
abanico que besas su cuello
y meces sus rizos ó pliegas el ala,
ya en el seno de curvas perfectas,
ya en el hombro de nieves y nácar;
pajecito gentil de la niña
de negros cabellos y boca de grana,
di á mi reina, tu linda señora,
que aquel que la amaba
aun suspira en silencio por ella
y en silencio devora sus ansias.

VEN

Ven, niña hermosa, á la playa
á ver las olas serenas
cómo llegan perezosas
á morir en la ribera;
cuál dibujan en la orilla
con la espuma blondas tersas,
remedo de los encajes
que sobre tu seno tiemblan.
Ven á contemplar las naves
el lago cruzar ligeras,
dejando tras sí brillantes
mil caprichosas estelas.
Ven, arca de mis amores,
tiéndete sobre la arena
y en mi regazo reposa
tu soñadora cabeza,
mientras en tu honor las ondas
entonan canciones tiernas
y la brisa mece amable
tu abundosa cabellera,
y la luna desde el cielo
con envidia te contempla,
envolviendo tu hermosura
en su luz pálida, trémula.
Ven á la playa, mi encanto.
Está solitaria y fresca,
el lago quieto, apacible;

la noche clara, serena.
Aquí encontrarás un nido
que mi cariño te ofrenda,
nido de rosas y lirios
tachonado de palmeras.
Ven, no tardes, alma mía,
que es un tormento tu ausencia.
Brisas que pasáis cantando
decidle, por Dios, que venga.

A UNA MORENA

Gloria á la soberana de Costa Rica,
cuya gracia seduce, cautiva y pica;
pica como los soles puntareneños,
y como ellos produce desmayo y sueños.
Gloria á la sirenita de tez quemada
que en las grutas marinas tiene morada,
y que duerme soñando dulces quimeras
bajo el palio frondoso de las palmeras;
á la de pie pequeño y ojos de fuego
que en las almas encienden desasosiego;
á la de pecho erguido y ancha cadera,
á la que en triunfo luce su cabellera...
Es alma de las fresas tu boca pura,
es carne de los cocos tu dentadura;
y es tanta tu belleza subyugadora,
que eres en Puntarenas reina y señora.
Permite al peregrino que va de paso
dejar estas resedas en tu regazo.

Puntarenas, 15 de Mayo de 1903.

AL CIENTO POR CIENTO

Desde que en hora menguada
dió el cable la maldecida
noticia desventurada,
va la plata de bajada
y el oro va de subida;
y es tan raudo su volar,
que ya nadie se importuna
pretendiéndolo alcanzar.
A estas horas debe estar
en los cuernos de la luna.
Para huir tuvo razón,
pues que servía en la tierra
de instrumento á la pasión,
como premio á la traición
y de pretexto á la guerra.
Siempre ayudando mezquinos
y bastardos intereses,
y por torcidos caminos
cometiendo desatinos
y cimentando altiveces.
El manchaba la inocencia,
compraba la adulación,
corrompía la conciencia,
insultaba la decencia
y daba alas al bribón.
¡A Dios gracias se ha marchado!
Y yo opino con Iriarte

que há tiempo el *mal empleado*
debiera haberse largado
con la música á otra parte;
mas lo que no hallo en razón
es que con rasero igual
se mida al rico, al ladrón,
al avariento, al gorrón
y á quien nunca vió un real.
Cuando el diluvio mandó
sobre la tierra el Señor,
á un hombre justo encontró
y por serlo lo exceptuó
del castigo aterrador.
¡Dios Oro, rey de la suerte,
sea yo el justo escogido!
¡No me abandones, dios fuerte!
¿Cómo ha podido ofenderte
quien nunca te ha conocido?
¡Ven á mí, dios de la mina,
padre de los pelucones,
y mi pobreza ilumina
con el sol de la esterlina
ó la luz de los doblones!
¡Ven, y terminen así
mis penas y mis reveses!
¿Quién puede vivir sin ti?
Yo te lo ruego por mí
y á nombre de mis *ingleses*.

LA SERENATA

A Enrique Fernández

Anda el mozo de soldado
en una facha, ¡qué facha!.....
El pantalón más que corto,
la guerrera más que larga,
con un kepis al que sobra
lo menos una pulgada,
á pesar de dos gacetas
que detrás de la badana
pusieron manos expertas
en acortar las distancias.
Há dos días lo *cruzaron*
y debe partir mañana
á la remota frontera,
donde la muerte le aguarda
ó tal vez los resplandores
de las glorias anheladas.
«Muchachos —exclama el cabo,—
tienen esta noche franca
pa salir ó pa quedarse;
pa lo que les dé la gana.»
—Eso sí —dice el sargento,—
cuidadito alguno falta
á la lista de las cinco,
porque mañana es la marcha.
Y que beban sin zocarsen,

porque si se descompasan
van á llegar á Liberia
fusilaos á punta e vara.»
—¡Viva el sargento Ledesma!
—¡Que viva el cabo Peralta!
—¡Viva!
—¡Viva!
—¡Viva!
—¡Viva!
—¿Qu'es esa bulla, carasta!
—Teniente, es que les estoy
diciendo cuatro palabras,
pa explicales qu'esta noche
están libres, porque es franca.
—Para eso no es necesario
que metan esa algazara.
El que se queda, se queda;
el que se marcha, se marcha.
Conque no quiero más gritos.
¡A la calle ó á la cama!

Sale un grupo de soldados
en que va Calistro Abarca,
el novio de Miquelina,
l'hija de ñor Justo Jara,
que vive junto á la Uruca,
como á mil quinientas varas,
bajando desde el Mercado
por el Paso de la Vaca.
Va el pobre muy pesaroso,
porque deja la muchacha
de quien está enamorado,
según dice, hasta las cachas.
Belfor, su amigo, propone
llevarle una serenata:

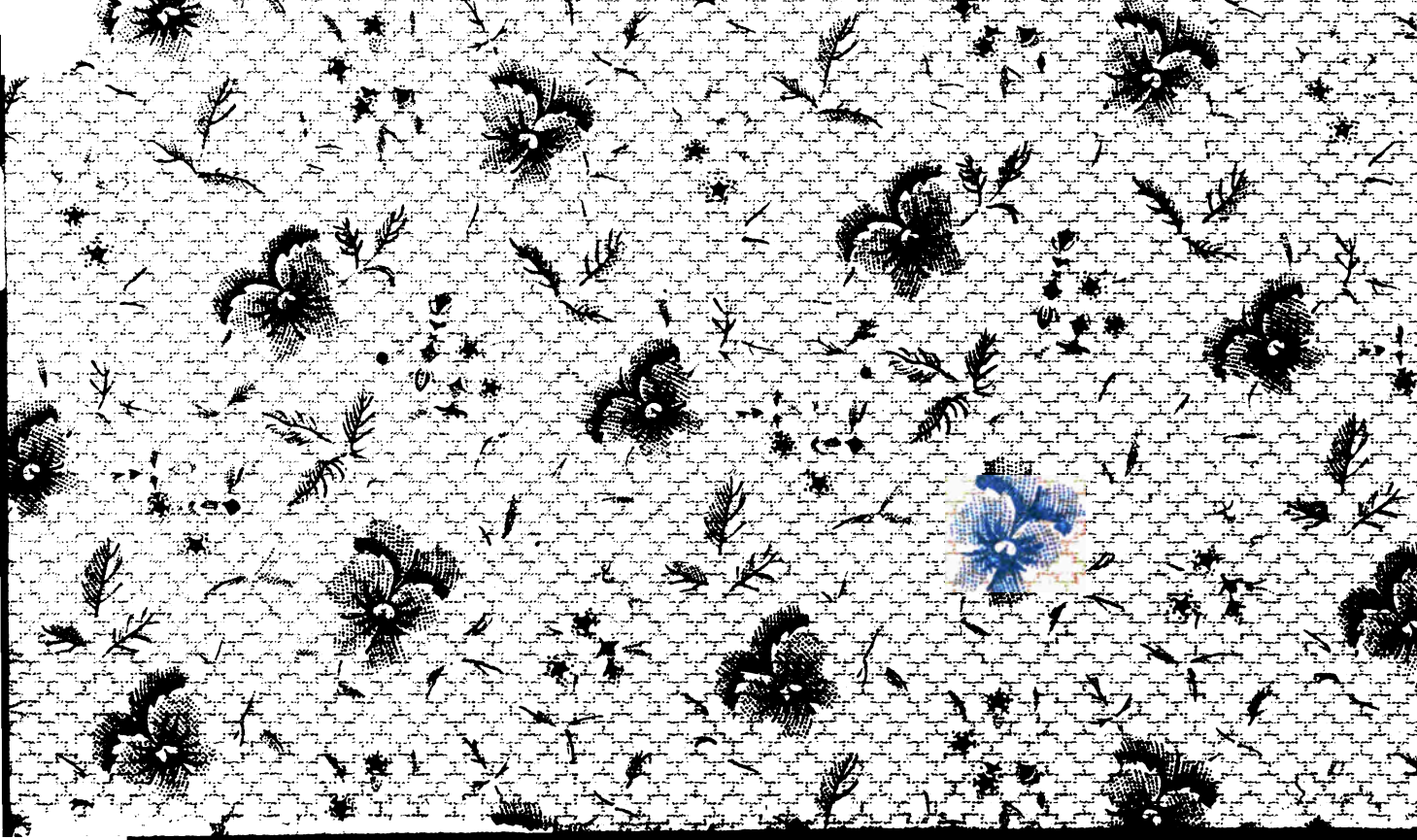
«Vos cantás lo que quedrás
y yo toco la guitarra».
Vanse á *Las Brisas del Guaro*
y cuatro dobles se zampan,
y alquilado el instrumento
á casa de la agraciada
Miquelina, para darle
el adiós en serenata...
Tic, tic, tac... tic, tic, toc.
La vihuela bien templada,
el novio tose dos veces
y esta cancioncita canta:
«Ya me voy pa la Liberia,
»onde la muerte me aguarda.
»Si al caso yo muero allí,
»poné una flor en mi lárpida,
»poné una flor, poné, poné
»en mi larpí... da... da... da...
»en mi larpí... larpí... pi...
»pi, pi, pi... pilar... pidá!...
»Adiós, adiós! me despido.
»Ya yo abandono esta playa,
»pero me llevo el cariño
»de la mujer que mi amaba,
»de la mujer... la mujer...
»que mia... ma, ma, ma, mabá!...
»Si sabes que mi han matado,
»en los campos de batalla,
»sobre mi tumba de nieve
»chorriá del amor la lágrima,
»cho, cho, cho...cho, cho, cho...cho...
»cho, cho, cho... chorriá...¡chorriala!

Mientras tanto allá en la cuja
llora y reza la muchacha,

y le pide á San Antonio
y á la Virgen de la Barca
que se lo lleve con bien
y que entero se lo traiga.

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Léase
23	2	Galsamiglia	Calsamiglia
30	20	y en verdes almohadas	y en verde almohada
30	24	Allá en la rivera	Allá en la ribera
34	14	engalanan las riveras	engalanan las riberas
34	31	que le brinda almohada fresca	que brinda almohada fresca
39	16	olvidáseme	olvídaseme
43	15	adelanta el maestro Goyo	aparece el maestro Goyo
44	23	Como mi almohada es de paja	Como mi almuada es de paja
49	26	Menos acá ques ahijada	Menos acá qu'es a'ijada
59	6	con la ahijada, la comadre	con la hija, la comadre
71	29	henchidas nuestras copas!	henchidas nuestras copas,



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024535266

0 5917 3024535266